

## LXVI

Dice el anciano, y acicate agudo  
 es su discurso do el honor preside.  
 El que antes era temeroso y mudo,  
 hora osado y veloz su hablar no mide:  
 no hay quien se esquite ya del trance rudo;  
 antes con ansia cada cual lo pide.  
 Lo busca Baldovino, y con Rugiero  
 los Güidos, Güelfo, Estéfano y Gerniero.

## LXVII

Pirro, el autor del artificio insano  
 que entregó la Antioquía á Boemundo,  
 osa lidiar con el feroz pagano,  
 y Eberardo, y Rodolfo con Rosmundo,  
 el de Escocia, el de Irlanda y el britano,  
 tierras que aparta el mar de nuestro mundo;  
 y Odoardo y Gildipa, los esposos,  
 también de aquella gloria están ansiosos.

## LXVIII

Mas sobre todos el heroico viejo  
 se muestra firme, decidido, ardiente.  
 Ya está armado, y al bélico aparejo  
 más no le falta que el morrión luciente,  
 cuando Bullón le dice: «¡Oh vivo espejo  
 del antiguo valor! ¡Que nuestra gente  
 se mire en ti y en tu virtud! De Marte  
 tú ostentas el poder, la ciencia, el arte.

## LXIX

»Si como tú, y en juventud acerba,  
 tuviera sólo entre mis nobles cuatro,  
 la ruina viera de Babel proterva,  
 y la cruz tremolar de Tule á Batro;  
 mas cede ahora, y á mayor conserva  
 tu prudencia y saber ancho teatro,  
 de los demás dejando en urna insigne  
 rodar los hombres que el azar designe;

## LXX

»Ó Dios, más bien, de quien fortuna y hado  
 son ministros y siervos en el mundo.»  
 Mas no de su intención está apartado,  
 y comprendido ser pide Raimundo.  
 Bullón los claros nombres que ha mezclado  
 agitó de su yelmo en lo profundo,  
 y en el escrito que sacó el primero  
 del conde de Tolosa está el letrado.

## LXXI

Con júbilo la nueva es acogida,  
 y á nadie queja del azar se ofrece.  
 El con fresco vigor y frente erguida  
 hora el cuerpo y la faz rejuvenece,  
 como sierpe de nueva piel vestida,  
 que al sol en vivo esmalte resplandece;  
 pero Bullón más que ninguno aplaude,  
 y victoria le anuncia y le da laude.

## LXXII

El fierro que á su flanco centellea  
 extendiendo á Raimundo, le decía:  
 «Esta es la espada que en marcial pelea  
 el rebelde Sajón llevar solía,  
 que con la vida abominable y rea  
 mi fuerte brazo arrebatóle un día.  
 Tómala, y que feliz sírvate ahora,  
 cual siempre fué conmigo vencedora.»

## LXXIII

Dé la tardanza, en esto, el crudo Argante  
 ruge, y así les grita y amenaza:  
 «Franca invicta nación, pueblo arrogante,  
 ¿conque un hombre no más os embaraza?  
 Venga, venga Tancredo, el que brillante  
 de sí blasona y de su heroica raza.  
 ¿Ó entre plumas aguarda que la muda  
 noche cual otra vez le traiga ayuda?»

## LXXIV

»Otro venga, si él teme á este enemigo;  
 juntos venid, infantes, caballeros;  
 pues de hombre á hombre combatir conmigo  
 no hay quien ose entre innúmeros guerreros.  
 Esa es la tumba que á Jesús dió abrigo.  
 La veis, ¿y el pie no adelantáis ligeros?  
 Los votos ¿no cumplís? Mirad la entrada.  
 ¿Á cuál obrar mayor guardáis la espada?»

## LXXV

Cual con áspero látigo así azota  
 á todos con su escarnio el Sarraceno;  
 pero más que otro alguno en rabia ignota  
 se abrasa el Conde, de vergüenza lleno;  
 su antiguo enojo estimulado brota  
 con más vigor del encendido seno,  
 y en Aquilino monta con presteza,  
 bruto á quien nombre dió su ligereza.

## LXXVI

Nació en el Tajo, en cuya verde orilla  
 la hermosa madre de la grey guerrera,  
 cuando la alma estación ardiente brilla  
 y el fuego del amor la sangre altera,  
 vuelta al Oriente, la feraz semilla  
 con fauce abierta y anhelante espera,  
 y ¡oh prodigio! aspirando el raudo viento  
 goza y concibe de su tibio aliento.

## LXXVII

Así Aquilino, sin dudar, nacido  
 del aura más purísima ser debe;  
 y es tan veloz, que huella no ha esculpido  
 cuando galopa sobre arena leve,  
 cuando gira en las piernas recogido  
 ó á diestra y á siniestra el curso mueve.  
 Montado en tal bridón, marcha al asalto  
 el Conde, y dice con la vista en alto:

## LXXVIII

«¡Oh tú en quien solo la virtud contemplo  
que en Terebinto derribó al gigante,  
el gran despojo conduciendo al templo  
la diestra humilde de inexperto infante!  
Haz tú, Señor, con repetido ejemplo,  
que ese infiel ante mí caiga espirante,  
y humille débil viejo frente impía  
como débil rapaz postróla un día.»

## LXXIX

Así rogaba el Conde, y su plegaria,  
cual sube al aire el fuego por natura,  
se eleva hasta los cielos voluntaria,  
perfumada en olor de fe tan pura.  
La acoge Dios, y de su hueste varia  
confía á un ángel su defensa y cura,  
y le encomienda que triunfante y sano  
de las armas le saque del pagano.

## LXXX

Aquel ángel que guarda fué elegido  
del de Tolosa, por saber profundo,  
desde el día primero en que ha nacido  
y peregrino á ser vino del mundo,  
hoy que Dios otra vez le ha prevenido  
cual custodio guardar al buen Raimundo,  
á la alta roca do se guardan sube  
las incorruptas armas del Querube.

## LXXXI

Se mira el asta allí que á la serpiente  
dió la muerte, y los dardos inmortales,  
las flechas que invisibles á la gente  
las pestes llevan y morbosos males;  
allí en alto se mira el gran tridente  
primer susto á los míseros mortales,  
cuando la tierra hiere y la cimbrea,  
y la torre y el muro titubea.

## LXXXII

Entre arneses también brilla colgado  
el escudo de nítido diamante,  
grande, que es solo á cobijar sobrado  
las gentes desde el Cáucaso al Atlante;  
el que á naciones santas ha guardado,  
y al justiciero bienhechor reinante.  
Este el ángel tomando, oculto llega  
á do Raimundo su valor despliega.

## LXXXIII

Á los muros en tanto turba inmensa  
se agolpa ya, y el bárbaro tirano  
manda á Clorinda que con línea extensa  
su escuadra asiente á la mitad del llano.  
De la otra parte, militar defensa  
forman también la hueste del cristiano,  
y en medio á los opuestos escuadrones  
ancho espacio les queda á los campeones.

## LXXXIV

Miraba, y á Tancredo no veía  
Argante; si adalid desconocido.  
Mas Raimundo «está ausente, le decía,  
por tu dicha el rival que has preferido;  
mas no por eso tu altivez se engría;  
que en la vez del guerrero esclarecido  
yo tu orgullo á rendir de sobra basto  
y á dar á tu vigor fatal contraste.»

## LXXXV

Sonriese el Circaso y dice al Conde:  
«¿Qué hace Tancredo pues? ¿Do está el altivo  
que asusta al mundo y que después responde  
esquivando las lides fugitivo?  
¡Ah! si hora el seno de la mar le esconde,  
no evitará mi brazo vengativo.»—  
«Miente, exclama, quien habla de tal suerte,  
y vale más que tú varón tan fuerte.»

## LXXXVI

Brama el Circaso y dícele: «Acomete  
sin tregua pues, que en su lugar te admito,  
y pronto se verá si, cual promete  
tan loco hablar, sostienes el conflicto.»  
Así á las armas vienen, y al almete  
las dirigen con ímpetu inaudito.  
Raimundo á do miró puso la lanza;  
mas á moverle del arzón no alcanza.

## LXXXVII

Corrió de la otra parte el altanero  
(fallo insólito en él) la tela en vano;  
que aparta el golpe el celestial guerrero  
del defendido paladín cristiano.  
Los labios se remuerde Argante fiero  
y el asta blasfemando arroja al llano.  
Después la espada empuña y furibundo  
se abalanza al impávido Raimundo.

## LXXXVIII

Derecho parte su corcel maestro,  
cual carnero al topar, baja la testa;  
hurta el cuerpo Raimundo al flanco diestro,  
y en la frente al pasar golpe le asesta.  
Torna Argante de nuevo, y al siniestro  
raudo quite otra vez el Conde apresta,  
y aunque á dar en el yelmo el golpe vino  
lo resiste su temple diamantino.

## LXXXIX

Pero el feroz pagano, que apetece  
lid más estrecha, con el Conde cierra.  
Éste, á quien mole tanta ya estremece,  
teme rodar con su corcel por la tierra.  
Se aparta, y vuelve, y revolver parece,  
girando en derredor con hábil guerra:  
dócil al freno el rápido caballo  
en falso ni una vez asienta el callo.

## XC

Cual traza y arte y máquinas recorre  
el capitán que expugna alta y potente  
de pantanos cercada excelsa torre;  
así Raimundo agítase impaciente,  
y viendo que á romper en balde acorre  
la armadura del pecho ó de la frente,  
golpea otros arneses y á la espada  
por entre fierro y fierro busca entrada.

## XCI

Ya las contrarias armas ha horadado  
en dos partes ó tres y enrojado,  
y él las suyas intactas ha guardado,  
sin que adorno y cimera hayan sufrido.  
En balde brama Argante y despechado  
sus fuerzas mira y su valor perdido;  
mas no se cansa, y golpe á golpe junta  
con inútil afán, de corte y punta.

## XCII

Al fin entre cien golpes el Circaso  
uno tan cerca á descargarle vino,  
que no bastara fugitivo el paso  
á salvarle del rápido Aquilino;  
mas no le falta en el urgente acaso  
el invisible defensor divino;  
que alza el brazo, y resbala el fierro crudo  
sobre el diamante del celeste escudo.

## XCIII

En menudos pedazos á la arena  
roto saltó. ¿Qué mucho no resista  
de oficina mortal obra terrena  
al temple puro del eterno Artista?  
El ánima de asombro siente llena  
Argante, y duda aún de su propia vista  
y de que acero tal cubra al cristiano,  
y contemplando está su inerme mano;

## XCIV

Pues rota juzga la tremenda espada  
en el broquel que á su rival defiende,  
y Raimundo también, que la sagrada  
intervención del cielo no comprende;  
mas como ve la diestra desarmada  
del extático infiel, la lid suspende;  
que es laurel que no eleva, sino abate,  
el que se gana en desigual combate.

## XCV

Iba á decirle ya: toma otro acero,  
cuando este nuevo escrúpulo le asalta:  
que ofende su derrota al campo entero,  
pues su causa es común, insigne y alta.  
No anhela pues un lauro venturero,  
y teme en muchos derramar su falta.  
Mientras así duda, Argante en su congoja  
el pomo inútil á la faz le arroja;

## XCVI

Y su corcel á un tiempo precipita,  
y á luchar cuerpo á cuerpo el brazo extiende.  
El despedido fierro el casco agita  
del Tolosano y su mejilla ofende;  
mas no teme, y con cólera infinita  
de los brazos de Argante se desprende  
y en la diestra le hiere, que bizarra  
á asir venía cual rapante garra.

## XCVII

Después en torno amenazando gira  
y revuélvese de una y otra parte,  
y siempre cuando avanza ó se retira  
golpes de muerte en el infiel reparte.  
Cuanto rencor antiguo y nueva ira,  
cuanto el esfuerzo alcanza y puede el arte;  
en daño del infiel todo lo aduna  
del cielo secundado y la fortuna.

## XCVIII

De finísimo acero Argante armado  
y del propio valor, resiste grave,  
y parece, sin rumbo en mar turbado,  
rotas velas y jarcias, fuerte nave,  
que alto bordo teniendo y reforzado  
robustamente con soberbia trabe,  
magüer que borrascoso el mal le azota,  
aun no del todo la esperanza agota.

## XCIX

Tal, Circaso, tu riesgo entonces era  
cuando ayudarte Belcebú dispuso.  
Él de intenso vapor sombra ligera  
(¡oh prodigio!) en mortal forma compuso,  
y el cuerpo y rostro de Clorinda fiera  
y las armas espléndidas le puso,  
dióle su andar, su porte y movimiento,  
y el són y el arte de su propio acento.

## C

La sombra caminando al sagitario  
Oradino famoso, así le dijo:  
«Gran flechador, que siempre en tu contrario,  
á do la vista, el dardo dejas fijo,  
¿sufrirás que así rinda temerario  
al hijo de Ismael de Cristo el hijo,  
y que arrastre á su campo, á nuestros ojos,  
de caudillo tan alto los despojos?»

## CI

»¡Ah! no sea, y acabe tu saeta  
con la muerte del Franco la impia lucha;  
que sobre el lauro de tu acción discreta,  
premio tendrás del Rey con honra mucha.»  
Así le habló, y aquél ya no se aquieta  
en cuanto el són de la promesa escucha,  
y del grave carcaj que al hombro pende  
toma un dardo sutil y el arco extiende.

## CII

Suena el tendido niervo, y són distinto  
silba el astil que densa pluma emboza,  
y al extremo va á dar donde del cinto  
se junta el hebillaje, y le destroza.  
Hiende el arnés, y en leve sangre tinto  
se pára allí y el flanco apenas roza;  
que al dardo, aunque de fuerza atroz compulso,  
el guarda santo le cortó el impulso.

## CIII

La flecha arranca del arnés Raimundo,  
y mirando el carmín que la teñía,  
al rival echa en cara furibundo  
la rota fe, la infame bastardía.  
Gofredo, que los ojos ni un segundo  
del amigo adalid quitado había,  
ve la traición, y porque grave entiende  
la herida, gime y en furor se enciende.

## CIV

Y con los ojos á su gente fiera  
y con la lengua incita á la venganza.  
Vieras allí calar toda visera,  
bajar las riendas y enristrar la lanza,  
y á un tiempo casi, multitud guerrera,  
que de una y otra parte se abalanza.  
El campo desaparece: el polvo sube  
denso y menudo en sofocante nube.

## CV

De escudos y astas rotas resonante  
en el primer encuentro el eco gira.  
Muerto está aquel guerrero; éste espirante,  
triste se queja ó con dolor suspira;  
aquí yace un caballo, y otro errante  
sin su jinete allí correr se mira.  
Fiera es la pugna, y cuanto más se acrece  
y se confunde más, más se embravece.

## CVI

Salta Argante en el medio ágil y suelto,  
le arrebatá á un guerrero ingente maza,  
y rompiendo el tropel de que está envuelto  
forma en torno con ella extensa plaza.  
Busca solo á Raimundo; á él solo vuelto  
con espantable cólera amenaza,  
y en su sangre, cual tigre carnífera,  
saciar pretende el hambre que le altera.

## CVII

Mas nuevos combatientes el sendero  
le cierran y hacen sus esfuerzos tardos:  
á Ormán topa, y á Güido, y á Rugiero  
de Balnavilla, y á los dos Gerardos.  
No se rinde, no ceja; antes más fiero  
el encuentro le ardió de esos gallardos;  
cual fuego que un obstáculo detiene  
y más vivo después y horrendo viene.

## CVIII

Mata á Ormán, hiere á Gúido, viene á tierra  
Rugiero entre cadáveres muriente;  
pero las turbas crecen, y le cierra  
de armas y hombres un círculo ferviente.  
Mientras igual, por su vigor, la guerra  
se sostiene entre la una y otra gente,  
llama á su hermano el Capitán, y fiero,  
«Mueve, le dice, tu escuadrón guerrero,

## CIX

»Y allí do la batalla es más sangrienta  
flotar yo vea el estandarte blanco.»  
Marcha aquél, y es la furia tan violenta  
con que embistió por el izquierdo flanco,  
que el asiático pueblo ardor no cuenta  
con que al duro resista ímpetu franco,  
que pisa entre los rotos escuadrones  
caballeros, caballos y pendones.

## CX

También del sarraceno el ala diestra  
dispersada se ve y hecha pedazos,  
y en vano brama Argante en la palestra;  
que el miedo rompe del deber los lazos:  
la planta él solo afirma y la faz muestra;  
ni quien con manos ciento y con cien brazos  
cien aceros á un tiempo manejara,  
en hacer tanta riza le igualara.

## CXI

Él sustenta el impulso de jinete,  
de maza y de puñal, de dardo y asta,  
y hora al uno, hora al otro le acomete,  
y escueto y solo contra todos basta.  
Rotos los miembros, el pavés y almete,  
sudor y sangre, sin sentirlo, gasta;  
mas tan denso estrechóle el enemigo,  
que al fin movióle y le arrastró consigo.

## CXII

Da la espalda al torrente que le tira  
y en su violento empuje le arrebatá;  
mas no cual fugitivo se retira,  
ni el temor en su rostro se retrata.  
Con el sólito ardor la vista gira,  
en denuestos su lengua se desata,  
y á contener se arroja de mil modos  
el impulso fugaz que arrastra á todos.

## CXIII

Ni lograr puede que la fuga sea  
menor al menos, ni su gente aduna;  
que no deja entender la vil ralea  
de ruego ni mandato voz alguna.  
El gran Bullón, que al colmo de su idea  
llega en tanto favor de la fortuna,  
sigue del triunfo el ímpetu dichoso  
y más refuerzo manda al victorioso.



## CXIV

Y si no fuera que el Eterno escrito  
no tiene aún de la victoria el día,  
aquél era el feliz que el campo invito  
el fruto de sus penas recogía.  
Mas la hueste infernal que en el conflicto  
menguar su imperio y su poder veía,  
no vedándolo Dios, en un momento  
las nubes junta y desenfrena el viento.

## CXV

A los ojos del hombre obscuro velo  
roba el sol y la luz con raudo escampo.  
Más que el profundo averno, hórrido el cielo  
sólo del crudo rayo arroja el lampo.  
Ruge el trueno; la nube envuelta en hielo  
abate pasto y miés, inunda el campo,  
y sopla el torbellino por cien bocas,  
y desgaja los robles y las rocas;

## CXVI

Y en el rostro del franco hace que arroje  
de frente su furor lluvia y arenas.  
El daño, que imprevisto así las coge,  
las escuadras paró de asombro llenas.  
La mayor parte de ellas se recoge  
á sus pendones, que distingue apenas.  
Mas Clorinda, de allí cercana un paso,  
el favor aprovecha del acaso,

## CXVII

A los suyos les grita: «Ya combate  
por nos el cielo y su rigor retracta,  
y mientras con violencia el rostro bate  
de la enemiga gente estupefacta,  
libre está nuestro brazo y del embate  
del crudo viento nuestra faz intacta.  
¡Vedlos ciegos, el brazo desarmado!  
¡Venid! Es hoy nuestro caudillo el hado.»

## CXVIII

Así mueve á su hueste, y recibiendo  
de espaldas sólo el infernal amago,  
al franco asalta con empuje horrodo,  
que se defiende perezoso y vago.  
Al tiempo mismo Argante revolviendo,  
hace en los que vencían crudo estrago,  
y éstos del monte huyendo por la falda,  
al fierro dan y al huracán la espalda.

## CXIX

Los hombres y elementos vengativos  
siguen en pos del franco temeroso;  
la sangre los arroyos fugitivos  
tiñe y aumenta su caudal pluvioso,  
y entre el vulgo de muertos y mal vivos,  
caen Pirro y Rodulfo el animoso.  
Clorinda sobre aquél ganó la palma;  
á éste el Circaso arrebató el alma.

## CXX

Así la gente de la Cruz fugia  
seguida del averno y sus legiones,  
y solo contrastando la porfia  
de los vientos, de infantiles y bridones,  
Gofredo la serena faz volvía,  
severo reprendiendo á sus varones;  
y á la puerta del campo el gran caballo  
paraba entre su pueblo por guardallo.

## CXXI

Veloz dos veces contra Argante gira,  
y dos veces al bárbaro contiene;  
y allí do más la turba hostil se mira,  
su brazo invicto á destrozarla viene.  
Al fin á sus trincheras se retira,  
y el pagano en su triunfo se detiene.  
Este á Solima torna: los cruzados  
yacen entre sus tiendas fatigados.

## CXXII

Y ni aun allí se libran de los males  
con que el crudo huracán los acongoja.  
Vase el fuego apagando de los reales;  
la lluvia entra do quiera; el viento arroja  
rasgadas lonas, trabes y puntales,  
con que de asilo al sitiador despoja,  
y el tronar y los gritos que resuenan,  
de armonía espantosa el mundo llenan.

## CANTO OCTAVO

ARGUMENTO.—Un caballero cuenta á Bullón las hazañas y muerte del príncipe de Dinamarca. Los italianos, engañados por vagas sospechas, piensan que el valiente Reinaldo ha sucumbido. El infierno les inspira su furor, y se abandonan á todo el exceso de la cólera y de la venganza. Amenazan en motín la vida de Godofredo; mas éste lo reprime y aplaca, protegido por el cielo.

## I

Cesaron de soplar el Austro y Coro;  
la borrasca infernal pasado había,  
y con la faz de rosa y planta de oro  
hermosa el alba con su luz venía;  
mas la precita gente no el tesoro  
consumió de su astucia y artería,  
y el soberbio Astarot de esta manera  
habla á Aleto su inmunda compañera:

## II

«Mira, Aleto, venir (sin que impedido  
por nadie pueda ser) aquel guerrero  
que vivo de las manos ha salido  
de Solimán nuestro adalid primero.  
Ese diciendo al franco del perdido  
príncipe y de su gente el caso fiero,  
cosas descubrirá que harán se pida  
del hijo de Bretoldo la venida.